

CONSTRUCCIÓN, DECONSTRUCCIÓN Y RECONSTRUCCIÓN DE EUROPA

Joan Vicente i Ruff
Departament de Geografia
Universitat de Girona

RESUMEN

¿Quién apoya actualmente el proceso de Unidad Europea? Una idea que nació a partir de los estados y pensada a su medida hoy en día se encuentra lejos de las prioridades de sus impulsores, mucho más centrados en problemáticas internas y en el seguimiento de los cambiantes parámetros internacionales. A su vez, las regiones y las ciudades, cada una a su manera, reclaman su propio papel político en este proceso, en concordancia con el impulso que han adquirido en los años recientes en el desarrollo económico y social de Europa. El resultado de todo ello es una situación confusa en la que el marco del proceso, el Tratado de Maastricht, parece encontrarse basado en unas premisas ya inexistentes.

Palabras clave: Europa, unidad europea, regiones y ciudades, Tratado de Maastricht.

ABSTRACT

Who is now for European unity? A process which started from and was promoted by states, is not any more in the first row of the priorities of quite a number of them as a consequence of their respective internal

situations and external changings. On their turn, Regions are hesitating from being reluctant with regards the role of the states in the construction of Europe to contemplate the possibility that transfer of capacity of decision to Brussels would weaken the states structures. Finally, Towns also claim for their specific role in the Unity, role which, so far, they do not have. They ask for the political recognition of their growing weight in the economical and social development and in the actual structure of European space. The result is a rather confused situation with regards how the develop Maastricht. This is the consequence of the fact that the presumptions on which the Treaty was based faded out along the past five years.

Key words: Europe, european unity, regions and towns, Treaty of Maastricht.

CONSTRUCCIÓN, DECONSTRUCCIÓN Y RECONSTRUCCIÓN DE EUROPA

Los elementos para la discusión que se generan a partir del proceso de Unión Europea sugieren las propiedades de un caleidoscopio. A cada nueva visión aparecen nuevos temas, composiciones surgidas de una inédita relación entre multitud de pequeñas piezas y sus consecuencias o reflejos. Así, las implicaciones territoriales de la Unión —que son un apartado profusamente estudiado— permiten infinidad de lecturas, tantas que pueden hacer dudar de la existencia de un lenguaje que permita su comprensión, o como mínimo su debate.

EUROPA, ¿QUÉ EUROPA?

El editor del presente número del boletín nos sugiere para este bloque el tema: «La Europa de las Ciudades y la Europa de las Regiones versus la Europa de los Estados». Un acto reflejo fue el de añadir otro «versus» entre regiones y ciudades. Es posible que esta modificación responda a una visión «territorializada» de la relación. Desde Catalunya, y más concretamente desde la Generalitat y el Ayuntamiento de Barcelona, se está apostando por dos posibilidades de Europa, a partir de sus ciudades o de sus regiones. Recientemente los máximos representantes de dichas instituciones catalanas han sido

elegidos respectivamente, presidentes de la Asamblea de las Regiones de Europa y del Consejo de Ciudades y Regiones de Europa, organismos que les sirven no tan sólo como plataforma personal sino que reflejan percepciones y voluntades distintas respecto al proyecto de unidad.

Regiones y ciudades ven en el proceso de unidad oportunidades de confirmar su rol político, económico y social pero también peligros ante un espacio concebido desde los estados. Fórmulas como la que establece el Tratado de Maastricht de constitución de un Comité de Regiones y Ciudades de carácter consultivo parecen no satisfacer a nadie, empezando por el desacuerdo entre ambas escalas administrativas respecto a la composición del mismo.

Pero además, la evolución reciente de los acontecimientos en torno al Tratado así lo demuestran, Europa también es vista con recelos desde los (o algunos) estados. Estos temen ver diluirse ideosincrasias, historias larga y duramente construidas, cuotas de bienestar de las que disfrutaban o sencillamente opciones políticas determinadas. Es por tanto argumentable el añadir todavía otro «versus», el de los estados en su relación con la Europa que se perfila, ya sea ésta la diseñada por el Tratado o la que se quiere desde los otros niveles de administración.

Para resumir, Europa «versus» lo que preexiste y lo que quiere hacer. ¿Cuál Europa? ¿para quién? y ¿cómo?

LA DECONSTRUCCIÓN DE EUROPA

Hasta ahora, si el proceso de construcción europea tuviese que dar como resultado un edificio, es posible que su estilo fuese el post-moderno. Los pasos dados hasta el momento han sido fruto de un gran intento de pragmatismo, de renuncia a grandes ideales y esquemas conceptuales rígidos.

A pesar de esta flexibilidad que la podría hacer aceptable a posibles cambios, parece que se ha entrado en una nueva fase, la de la deconstrucción. De construcción a deconstrucción, en palabras de Manuel Castells¹. El deconstruccionismo como instrumento de análisis se basa en la búsqueda de las grietas, que suelen ser muchas e inevitables, en cualquier intento de aparato lógico de explicación o argumentación de algún fenómeno. Es por ello un instrumento muy útil, y hasta beneficioso, en unos tiempos en

1 Conferencia celebrada en diciembre de 1992 por Manuel Castells en Girona sobre el Tratado de Maastricht.

los que ha sido necesario cuestionarse mucho de lo considerado como indiscutible.

Su inconveniente reside en que no ofrece alternativa. Puede ser una buena empresa de demolición pero carece de proyecto para ocupar de nuevo el solar. Algo parecido a lo que pasa ahora en Europa. También según Castells, las premisas de la unidad europea se encuentran en un mundo que ya no existe —el de los bloques, el de la propia Europa dividida física e ideológicamente, de la preponderancia de los estados, en medio de una coyuntura económica de crecimiento...— Por ello, el edificio que se pretende levantar ya interesa a pocos; en todo caso se acepta que sea una sede provisional, un paso necesario para evitar que las obras se detengan por muchos años más.

Las vías de agua, las puyas deconstruccionistas, son muchas y se encuentran en todos los flancos. Se ha pasado de una situación en la que todo parecían argumentos para la unidad europea, a menudo de un materialismo recalcitrante —recordemos que se hablaba de la «Europa de los mercaderes»— a otra en la que casi las únicas ideas que la sustentan son concepciones intelectuales, un miedo casi atávico a volver atrás. Algo así como que nos une un pasado atroz y la necesidad de que no se repita.

Por otro lado, como se decía al inicio, el propio lenguaje ha traicionado la Unidad. Es éste un elemento muy utilizado por los deconstruccionistas. Conceptos —palabras— como país, estado, nación, región, pueblo... desde el momento en que se ha abierto la veda simultáneamente de eliminación y reconstrucción de fronteras, han visto perder su significado estable. Y qué no decir del concepto de ciudad, cuando desde hace más de un siglo y medio continúa derrumbando sus sucesivos confines. ¿Hasta dónde llega la ciudad y/o «lo urbano»?

Se diría de todo ello que la entropía, concepto físico tan querido por ambientalistas, se ha apoderado también de Europa. En el momento que se ha querido instaurar un orden, se ha provocado un desorden todavía mayor que el anterior.

Sirva todo ello de pretexto a las incertidumbres que refleja el texto. Todos los valores tienen su derecho y revés, todas las escalas territoriales o administrativas tienen sus dos caras respecto a la unidad.

ANTE EUROPA

Para establecer un presunto orden a continuación se establece un breve

catálogo de posturas ante Europa a partir de cada nivel administrativo. Son, sin duda, reducciones de actitudes mucho más complejas, pero pueden servir para hacerse una idea del estado de la cuestión, de los diversos «versus».

Europa-Estados

Durante los últimos seis años se puede afirmar que se ha asistido al nacimiento de Europa entendida como entidad política con unos criterios relativamente propios y con una voluntad —no tanto capacidad— de proponer pasos y velocidades al proceso de Unidad diferenciados de los estados que la componen. Síntoma de ello es la posibilidad incluso de personalización de este proceso, un nombre ante quien protestar: la Comisión y su Presidente.

De aquí que sea factible hablar ya de una primera relación entre Europa y los estados y no tanto de Europa de los estados. La situación que se perfila es de una Unión en la que éstos no sean los únicos protagonistas (un modelo confederal) sino uno más de los elementos. Ante esta perspectiva el estado ve en la Comunidad el destinatario de competencias que hasta ahora le han sido propias —desde Maastricht básicamente económicas y, matizadamente, de defensa y sociales— hecho que es percibido de muy diferente manera por cada miembro.

En primer lugar, para los que se prefiguran como líderes del proceso éste supone una posibilidad de ampliar su capacidad de influencia, no tan sólo en Europa sino ante las otras dos grandes potencias económicas. Son partidarios de la unidad en la medida que son los que dirigen el proceso. Es la posición de Francia y Alemania, que además se ve reforzada por la intención del primero de evitar el despegue en solitario del segundo. Por otros aspectos, entre los que no son irrelevantes su propia posición geográfica, los del Benelux también deben incluirse en este bloque.

Partidarios son también los que en el proceso ven la vía de homologación (económica, política...) con los primeros (aquí se incluiría España). Es la posición de los países mediterráneos (con Italia con un pie en cada motivo —uno en el Norte y otro en el Sur, aunque últimamente se crucen las piernas) e Irlanda (en este caso significa para él la posibilidad de «saltarse» el Reino Unido). Además también les conviene una aceleración de la unidad de manera que esté ya consolidada y, sobre todo, «convergi-da» en el momento que se plantee una ampliación de la Comunidad hacia

países ricos como Austria, Suíza y los países nórdicos o ex-comunistas como la República Checa o Eslovaquia y Eslovenia, susceptibles de ser grandes atractores de inversiones y ayudas. En resumidas cuentas, antes de que se produzca el corrimiento hacia el Norte del centro de gravedad comunitario.

Finalmente, los más reticentes, o contrarios, al proceso son los que temen que suponga una ingerencia en sus políticas particulares y/o a su idiosincrasia cultural (Gran Bretaña o Dinamarca y, por ejemplo, algunos de los partidarios del «No» en el referéndum francés). Es decir, es una postura atribuible a estados, pero también, y de manera creciente, a porciones importantes de la opinión pública y de la esfera política de la casi totalidad de países.

Reflejo de todas las diferencias ha sido la incapacidad de los estados europeos de articular respuestas comunes ante el reconocimiento de repúblicas balcánicas y el posterior conflicto armado o en la negociación comercial con los Estados Unidos de América.

Son todas ellas posiciones extremadamente débiles y mutables, tanto por efecto de circunstancias internas de los estados (caso también del referéndum francés o la unificación alemana) como, evidentemente, por las vicisitudes de la geopolítica mundial (¿cómo va Alemania a renunciar a inclinarse hacia la Europa danubiana?, ¿va a seguir la plena identificación entre las políticas británica y norteamericana con la victoria democrática?).

En definitiva esta inestabilidad hace todavía más patente la existencia de esta «Europa» como elemento singular que, con recursos limitados —no tiene casi capacidad de coacción y por tanto de acción política— defiende tozudamente sus propias posiciones de unidad. Tal vez los «euroburócratas», o aquello que se llama genéricamente «Bruselas», pero, por suerte, no sólo ellos.

Europa-Regiones

Sin duda, la explosión del fenómeno regional o, en cierto sentido nacional, es una de las características políticas y sociales más sorprendentes, importantes y polémicas de los años recientes. Y —menos polémicamente pero de igual o mayor relevancia y de notables influencias en los anteriores aspectos— también la presencia de las regiones en el desarrollo económico ha supuesto una auténtica conmoción territorial.

La posición de las regiones (112 efectivos como entes administrativos reconocidos) ante la unidad europea es diferente, sin dejar de ser unánime una posición favorable, en función de sus características culturales y políticas (de si contienen reivindicaciones nacionales o si son únicamente estructuras de descentralización del estado).

En primer lugar, es indiscutible que la escala regional a partir de la crisis del modelo de producción industrial ha resultado fuertemente potenciada. La fragmentación productiva, la flexibilidad, la desconcentración, la aplicación de las nuevas tecnologías a la producción y a las comunicaciones... han sido todos ellos fenómenos que han trasladado parte de las actividades y competencias económicas al nivel regional. La posibilidad de éste de desarrollar políticas microeconómicas cada día en mayor auge y la pérdida de los estados de parte de los instrumentos macroeconómicos (obsérvese como ejemplo su pérdida del control político de los bancos centrales), han dado a las regiones posibilidades hasta hace poco impensables en la competitividad internacional.

Por otro lado, todos los indicadores socio-económicos demuestran que los ejes de desarrollo más dinámicos y con mayor crisis del territorio europeo no responden ni mucho menos a límites estatales. Todos tenemos en mente esquemas muy difundidos como la «Banana azul», el «Sun Belt» mediterráneo, la cornisa atlántica en crisis... que tienen en común no tanto elementos de política interior estatal como localizaciones geoestratégicas.

Además de estos elementos globales de la evolución económica, también hay que añadir el éxito de algunas regiones (el paradigma de él son las del centro-Norte de Italia) en el desarrollo de las nuevas competencias. El modelo por ellas practicado ha sido ensayado con múltiples variaciones y con resultados desiguales por casi la totalidad de regiones europeas. Así pues, con este argumento, es lógico que la región reclame también su papel político en el proceso de Unidad.

Pero, por otro lado, algunas regiones ven además en la unidad europea la posibilidad de resarcirse de una historia que les ha incluido en estructuras estatales en las que se sienten más o menos incómodas. Este tipo de reivindicación política, no necesariamente con una finalidad independentista, que suele hacerse patente con una asiduidad «guadiana», vive desde 1989 unos de sus momentos de mayor vigor.

Como se ha dicho, las nuevas tecnologías económicas favorecen la escala regional y la unidad europea puede ser una vía de debilitación de los estados en la medida que supone una transferencia de competencias. Pero además, la desintegración del área de influencia soviética en Europa

y los procesos de nueva creación de estados que se han abierto a partir de ella —de una manera militarmente pacífica (a excepción, dramática y vergonzosa, de Yugoslavia) y con un rápido reconocimiento internacional— han dado alas a las aspiraciones de bastantes regiones de la Europa «satisfecha» que diría Galbraith. Estos hechos han demostrado que las fronteras surgidas de los pactos e imposiciones de post-guerras, son cuestionables y movibles sin que ello, aparentemente, signifique un gran aumento de la inestabilidad geopolítica.

Estos tres elementos, junto con otros estímulos estrictamente internos de cada estado, han provocado la reacción —institucionalizada o popular— de regiones muy diversas con la finalidad ya sea de aumentar su grado de autonomía o claramente secesionistas. Así encontramos los casos españoles —con Cataluña y el País Vasco a la cabeza— que se mueven en una cierta ambigüedad entre las dos opciones, o Valonia, o Alsacia, o Escocia, o las regiones del Norte de Italia (aunque en este caso cabe esperar ver si es una reacción reformistas ante la ineficacia de un estado o es realmente rupturista).

Es decir desde las regiones ricas del Sur a las pobres del Norte pasando por aquellas que los avatares históricos colocaron en territorio de constante disputa. Y todas ellas juntas provocando un efecto de locomotora respecto las aspiraciones de otras regiones a priori menos «nación», fenómeno especialmente observable en España.

La síntesis es una aparente contradicción entre la reivindicación de diferencias y, paralelamente, la apelación a una integración y desaparición de fronteras.

Europa-Ciudad

Los efectos sobre las ciudades de los fenómenos antes citados de globalización y nuevas tecnologías económicas y cambios sociales inherentes, desplazamientos de las decisiones políticas, etc... se pueden concretar, someramente, de la siguiente forma:

— En un primer momento, inicios de los ochenta, pérdida de peso productivo de las áreas metropolitanas industriales, derivando en una crisis económica, social y física de las mismas.

— La descentralización productiva ha supuesto un gran impulso para las ciudades medianas (medida no homogénea según los territorios), ade-

más protagonistas principales —atractores— de los nuevos procesos migratorios.

— En un segundo momento, las ciudades centrales —capitales o no—, las grandes ciudades, después del período de crisis mencionado han visto crecer enormemente su valor de consumo, como espacio cultural y simbólico, centralizando las actividades de terciario avanzado y los procesos decisionales. Este fenómeno no es característico de todas las ciudades, sino selectivo y susceptible de ser incentivado desde la administración local.

— Así pues, las ciudades, a partir de la crisis económica de inicios de los primeros ochenta, han desarrollado un activo papel en su propia revalorización económica, a menudo independientemente de iniciativas estatales o regionales, entrando a menudo en fuerte competencia entre ellas.

En definitiva, la teoría de la crisis de las ciudades tan en boga a partir de la segunda mitad de los setenta no ha conducido a una desurbanización ni mucho menos. Al contrario, lo que se ha producido ha sido una adaptación y confirmación de su papel central y una generalización de las características de la «vida urbana» a prácticamente la totalidad del territorio.

El informe del European Institute of Urban Affairs (1992), que se cita en la bibliografía, describe todas estas cuestiones con el suficiente espacio y, además, aporta dos elementos que aquí son los que se intentará comentar: la estructuración de una jerarquía urbana a escala europea y, en parte como consecuencia de ello, la prefiguración de un centro y una periferia urbana europeas.

Reconocer una incipiente jerarquización urbana es un hecho de capital importancia para la consolidación de un auténtico espacio europeo. Sólo a partir de una interrelación creciente, de una auténtica funcionalización del territorio, una estructura tan basada en argumentos e instrumentos técnicos como la que se intenta crear podrá tener credibilidad y efectividad.

Si antes se ha hecho referencia a las regiones como nueva unidad funcional compleja (contenedora de subsistemas), ahora se ha de añadir que los nódulos, los protagonistas de las nuevas competencias regionales son sus ciudades. Son éstas las que articulan su espacio interior, pero además es a partir de alguna de ellas como este territorio consigue engarzarse con el espacio exterior, a menudo no ya el estatal sino el europeo (un caso muy estudiado de ello es el catalán y el papel que ejerce Barcelona) (CASTAÑER, 1992).

En la medida que una región, o un estado, consigan una organización del territorio eficiente —esto es: con una red urbana eficaz y con alguna

conexión exterior— su competitividad en el nuevo espacio económico y su propio equilibrio interno serán posibles. Estas redes y «ciudades-conexión», puesto que las fronteras internas europeas desaparecen, no tienen por qué contenerse dentro de un límite administrativo determinado, sino que han de depender tan sólo de la funcionalidad (así se pueden entender las aspiraciones de Barcelona o de Milán a una escala macrorregional) o especificidad (Milán y la moda o Montpellier y la medicina o Estrasburgo y las instituciones).

En un nivel superior de relaciones se situarían las ciudades que se encuentran en la órbita de la esfera global, verdaderos puntos decisivos a escala mundial. Son los casos de Londres, Frankfurt o París en aspectos económicos, añadiendo seguramente Berlín y Bruselas en un aspecto político y algunas ciudades más, aunque con una incidencia menor, como Madrid o Roma.

Ésta es la jerarquía de ciudades europeas y, por tanto, de territorios que se está prefigurando. Resultado de ello es la segunda aseveración del texto referido. En la medida que hay espacios dentro de la Europa comunitaria con un sistema urbano en crisis (síntoma y causa de crisis económica y social) y sin ciudades que permitan el enlace con la red superior, se puede hablar de unas áreas que corren el riesgo de quedar al margen de la nueva escala funcional.

Como conclusión una Europa de las ciudades existe económica y socialmente y, tal vez, es la única que puede existir de una manera natural, sin necesidad de «fórceps». Pero la Europa-ciudad es incompleta, no llega a todo el territorio por igual y, seguramente, no tiene quien la represente políticamente.

LA SUBSIDIARIEDAD COMO COMÚN REIVINDICACIÓN

La subsidiariedad es un principio muy geográfico en la medida que supone una reivindicación de la escala. Se trata de colocar las decisiones en la escala administrativa que pueda desarrollarlas eficazmente a una mayor proximidad de los ciudadanos.

A partir de que el Tratado de Maastricht empezó a ser cuestionado el lenguaje común asimiló una nueva palabra fetiche: «subsidiariedad». El principio de subsidiariedad es normalmente reconocido como el instrumento contra el centralismo administrativo. Es por eso que, históricamente, su apelación ha sido habitual desde municipios y regiones ante las

administraciones estatales, y lo continúa siendo. La novedad es que con la perspectiva de la Europa unida, este principio también es reivindicado por los estados ante la Comisión Europea.

Que sean ahora los estados los que reclamen subsidiariedad, y además con cierto éxito, ha bloqueado la capacidad de respuesta de la Comisión, puesto que la posición de ésta es, sin duda, la más alejada de los administrados y, además, se le discute su legitimidad democrática (ya que no está sometida directamente a las urnas). Así aparece la posibilidad de una Comisión sin competencias efectivas, es decir de una Europa unida como realidad virtual (otra palabra fetiche, una «casi» realidad).

Una muestra de cómo se prefigura de la Europa subsidiaria puede ser la definición, sucesión de eufemismos, que de ella se da en un documento divulgativo del Tratado: «() Habrá de integrar la participación de los ciudadanos, la diversidad y el impulso de las Regiones, la función motora de los Estados y la iniciativa responsable de la misma Comunidad, con vistas a vertebrar el progreso de la Unión de manera coherente y equilibrada» (PATRONAT CATALA PRO-EUROPA, 1992, p. 22).

LA UNIDAD Y LA DIVERSIDAD

La pregunta que surge de lo visto hasta ahora es de si, en último término, la unidad es necesaria. Éste es el gran interrogante actual. Volviendo la idea de Castells de cuáles son las premisas que continúan justificando la idea de Europa, ciertamente los argumentos se han vuelto más etéreos, pero tal vez más urgentes. Parece claro que la situación actual no puede prolongarse, en el sentido de que la mayoría de estados pierden su papel y que existe el miedo a que unos pocos asuman el de todos los demás. Una nueva organización de Europa a partir de áreas de influencia económicas y culturales despiertan los recelos de quienes ven en ello sólo la progresiva reconstrucción del poder germánico.

En el otro extremo, la Europa de los Pueblos tropieza con la indefinición y, si cabe, una mayor falta de consenso. Es muy difícil establecer cuáles son los pueblos, dónde están sus límites y si no existe el peligro de que a partir de ellos se recree una estructura estatal a escala.

Tanto si la dirección es una como la otra, reaparece el fantasma, hasta hace bien poco impensable, de buscar unidades o diversidades por la fuerza (la disolución de Yugoslavia es su materialización). Un espectro que ha estado presente demasiado a menudo en la historia del continente.

Unidad y diversidad es sin duda una vieja dicotomía. Es decir, que está sin resolver y que es importante. La integración europea es un nuevo episodio de la antítesis. ¿O no es una antítesis? Para reflexionar sobre el tema se podría partir de la idea de que la unidad «per se» no existe. Según el filósofo Josep Maria Terricabras², la unidad es «sencillamente» una manera de organizar la diversidad. Por tanto, si la primera no existe como fenómeno natural sólo es posible como construcción inteligente. Ello implica que posiblemente antes que la unidad económica y política sea necesaria una unidad («organización de la diversidad») intelectual, ideológica y cotidiana. Es en esta esfera en la que se deben buscar los fundamentos de lo que une o ha de unir a los europeos (y a partir de ellos a muchísimos más).

De la misma manera que a lo largo del Danubio de Claudio Magris (1986) se forja una imagen de Europa plausible, también paralelamente a las modernas autopistas puede construirse algo similar. Estructuras de colaboración —entre ciudades como las que ya existen, o universidades, o promoviendo el conocimiento (reconocimiento) de las diversidades— han de ser los fundamentos de la unidad. Pero no olvidemos que el Danubio es largo, en longitud y en tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

- AJUNTAMENT DE BARCELONA Y GIP RECLUS (1989): *Las ciudades europeas/European Towns*, Barcelona.
- BORJA, J. (1990): «Políticas para la ciudad europea de hoy», en AJUNTAMENT DE BARCELONA Y PROGRAMA EUROCIITIES, *Barcelona y el sistema urbano europeo. Ciudad, estrategia y territorio*, Barcelona, Colección Barcelona Eurociutat.
- BOUDINOT, J. (1991): «Les villes moyennes européennes et l'échéance de 1993», *Annales de Géographie*, nº 561-562.
- CASTAÑER, M. (1992): *Una nova dimensió de la xarxa urbana de Catalunya: la cohesió*, Olot, Tesis Doctoral.
- COMISIÓN DE LAS COMUNIDADES EUROPEAS (1991): *Europa 2000. Perspectivas de desarrollo del territorio de la Comunidad. Presentación*, Bruselas-Luxemburgo, Dirección General de Políticas Regionales.

2 Participación del filósofo Josep Maria Terricabras en un debate celebrado en Girona sobre la multiculturalidad organizado por la revista *L'espurna* en enero de 1993.

- CONSEJO DE LAS COMUNIDADES EUROPEAS (1992): *Tratado de la Unión Europea*, Luxemburgo, Oficina de publicaciones oficiales de las Comunidades Europeas (EUROP).
- EUROPEAN INSTITUTE OF URBAN AFFAIRS (1992): *Urbanisation and the functions of cities in the European Community*, Bruselas, Directorate General for Regional Policy (DG XVI).
- EUROSTAT (1987): *Europa en cifras*, Luxemburgo, EUROP.
- MAGRIS, C. (1986): *El Danubio*, Barcelona, Ed. Anagrama.
- PATRONAT CATALA PRO-EUROPA (1992).
- PETSIMERIS, P. (1990): *Reti urbane. Tra decentramento e nuova centralità*, Milano, Franco Angeli.
- ROJO, J. A. (1993): «Entrevista a Claudio Magris», *El País suplemento Babelia*, Madrid, 30 de enero de 1993.